



El Sol

El Sol, además de ser la estrella más cercana a la Tierra es nuestra principal fuente de energía; al contener más del 99% de toda la materia del Sistema Solar, inevitablemente ejerce una poderosa atracción gravitatoria sobre todos los planetas haciéndolos girar a su alrededor. A diferencia de la Tierra que tarda 24 horas en girar sobre su eje, el Sol por su tamaño lo hace en casi un mes y tarda aproximadamente 200 millones de años en girar alrededor del centro de la Vía Láctea, como si observara con calma todo lo que ocurre en nuestra galaxia. Se dice que el Sol tiene 5,000 millones de años de antigüedad pero también que tiene combustible suficiente para otros tantos. Es indiscutible que en cuanto a magnitudes no tenemos nada más cercano que lo supere, pero tal vez por su evidencia, casi a nadie causa asombro y aunque suene extraño, pocos lo admiran. Este párrafo pareciera sólo referir cosas físicas, pero pudiera no ser así, se dice que detrás de lo evidente pueden ocultarse los más grandes secretos de la vida.

El Sol que ustedes observan todas las mañanas como parte de lo cotidiano y del cual muchas veces dicen *protegerse*, el mismo que al ocultarse todas las tardes permite temporalmente la aparición de las tinieblas, ha sido considerado a lo largo del tiempo una real manifestación de lo divino, que lo mismo representa a la luz eterna, al oro inmaterial, a la iluminación espiritual y al calor que da vida al cuerpo. El Sol, al cual por su resplandor evitamos mirar de frente, es símbolo de resurrección al aparecer y desaparecer cada día.

Como poderosa fuente de calor, el Sol representa vitalidad y por tanto juventud eternamente renovada; como fuente de luminosidad simboliza verdad; y como el más brillante de los cuerpos celestes es sencillamente símbolo de esplendor. Por todo lo anterior y más, en la disciplina espiritual y filosófica llamada *Alquimia*, el oro es calificado sencillamente como el Sol de los metales. Al no existir nada más penetrante, la luz irradiada por el astro rey es sinónimo de inteligencia.

Antiguas culturas consideraban al Sol como el hijo predilecto de un gran Dios y también lo creían hermano del bello Arco iris al cual amaba por su nobleza al servir como sutil puente entre el cielo y la tierra, es decir entre lo divino y lo humano. Desde tiempos ya inmemoriales muchos pueblos consideraban que el Sol residía en el centro de *todo*, razón por la cual podía iluminar al mismo instante el universo entero.

En las diferentes representaciones que se hacen del Sol, las cuales pudieran incluso resultarles indiferentes, es frecuente que aparezca ilustrado con siete esplendorosos rayos, los cuales son plasmados en forma recta o bien ondulada según se quiera significar luz o calor,

simbolizando con ese número el cambio al que todos estamos obligados después de un ciclo consumado; se ha dicho que una vez que hubo creado el mundo en seis días, Dios descansó el séptimo y lo hizo santo. El astro suele verse también en imágenes con doce rayos, representando lo mismo a Cristo con sus apóstoles que a los doce signos del zodiaco, a los doce meses del año, a las doce tribus del pueblo hebreo, a los doce frutos del árbol de la vida y mucho más.

Tal vez parezca extraño pero hace miles de años, los hebreos representaban la perfección del astro a través de un triángulo radiante como símbolo de equilibrio, en cuyo centro se hallaba escrito el gran nombre de Dios. Los bosquimanos, poseedores de una de las culturas vivientes más antiguas del mundo y que no reconocen más gobierno que aquel trozo de carbón ardiente que les permite a diario encender su fuego, consideran al Sol el ojo de Dios. Para los órficos, miembros de una corriente religiosa de la antigua Grecia, el Sol era simplemente la inteligencia del mundo; Platón como alumno de Sócrates y maestro de Aristóteles, lo describía en forma clara como la imagen del bien.

Del mundo hiperbóreo, lugar mítico donde nunca se oculta el Sol, surgía majestuoso Apolo, Dios solar e hijo de Zeus, después de visitar su residencia invernal. Pero hay más, en el antiguo Egipto, Heliópolis, la considerada ciudad del Sol, era la sede principal del culto al Dios Ra, quien era representado por un hombre con cabeza de halcón sobre la cual aparecía un disco solar. También por su fastuosidad, el Sol ha sido motivo de hermosas representaciones como en el caso del dios Helios, que aparecía desde el oriente cada día conduciendo su ardiente carro de oro a través del cielo, proporcionando luz por igual a seres mortales y divinos, para después al anochecer, sumergirse en el océano occidental guiando magistralmente a los feroces caballos que tiraban del carruaje y cuyos nombres eran: ardiente, resplandeciente, ígneo y amanecer. Como pueden darse cuenta, por ser el noble soberano del mundo y bendecirnos con su inconmensurable amor radiante, todo lo que tiene que ver con él acaba relatándose invariablemente en lenguaje divino.

El Sol como rey del cielo en el que vuelan las aves, es causa de evolución pero también de gravitación, generación, gracia y gozo; como padre estoy obligado a recomendarles que siempre disfruten de su compañía y jamás olviden que después de haber aceptado recibir su *luz*, les será posible afrontar con dignidad el *Juicio*.

Pronto descubrirán que el Sol tiene un exacto recorrido, como si eso fuera parte de un gran plan. Queridos hijos, nunca pasen por alto que el Sol aparece cada día en *oriente* y se oculta en *occidente*.

ÉSTE ES EL REGALO QUE LES DOY.

i. De cara al Sol

(EL HOMBRE ANTE LA DIVINIDAD)

Sea cual sea su *camino*, condición o anhelo, en algún momento de la vida, de *tarde* o de *día*, entre alegrías o tristezas, algo los llevará a preguntarse si existe Dios. Sepan que aquí, la fe iniciará nuevamente aquella intensa y milenaria lucha contra la razón.

Ante esto y aún siendo jóvenes, es muy probable que a quien primero acudan en busca de respuesta sea a ustedes mismos; lo íntimo del tema tal vez les evite consultarlo con su madre, padre o amigo, además ¿valdrá una respuesta ajena para algo que emerge de lo *profundo de su ser*? ¿acaso podrían calmar su sed con sólo pedirle a otro que les explicara qué siente al tomar *agua*? Pero si aún así, decidieran formularle a alguien la pregunta, les aseguro que instintivamente pedirán pruebas, y un no rotundo o un sí categórico a partir de relatos de milagros asociados a la salud de personas ajenas, seguramente no les bastará. No sería extraño que alguien que con la mejor voluntad pero sólo en precario intento, les definiera a Dios como el creador del universo y por tanto padre de todo, con atributos sólo propios de él como la omnipotencia, la omnipresencia, la omnisciencia y desde luego, para consuelo de miles, la omnibenevolencia. Tampoco tardará en aparecer quien aventuradamente afirme que a Dios deberán siempre temerle, tanto como se le teme al mal, ignorando que al mal justamente así se le adora, temiéndole.

Intentar explicar algo de lo que no se tiene ni idea no es necesariamente difícil, algunas veces basta con saber hablar y hablar, sólo recuerden a sus padres pretendiendo resolver sus dudas escolares.

Déense cuenta ahora que cualquier creencia o dogma, ante una sola pregunta, puede venir lentamente a menos como una *gran columna* que se *abate*. Un “sí” o un “no” provenientes de fuera, serán como una *catedral sin cimientos* el primero y como un *árbol sin raíz* el segundo. Hay preguntas en la vida que exclusivamente a uno corresponde contestar y debo decirles que muchas de ellas les exigirán más que voluntad. A partir de aquí tal vez sin percatarse, han iniciado un *viaje* al cual muchos temen y a toda costa evitan. Un viaje que simbólicamente resume la búsqueda de la verdad en el interior de uno mismo.

Es evidente que la pregunta con la que inicia este capítulo no es simple, pues corresponde a uno de los más grandes misterios de la vida. Les repito que la fe se está enfrentando a la razón y eso no es un juego, por tanto, al intentar encontrar respuesta podrán aparecer la confusión y el desánimo, situándolos en una *encrucijada*, en un cruce de caminos en el que suelen decidirse destinos y por tanto vidas; encrucijadas a las que no pocas tradiciones consideran lugares sagrados en donde suelen aparecer *genios* feroces

con los cuales conviene de inmediato conciliarse, pues gustan de alimentarse de nuestros titubeos, pero que también al observarnos decididos toman nuestras malas energías para devolverlas después en forma de dones limpios. Nunca es recomendable huir aterrados de un dilema.

Como en cualquier búsqueda siempre es útil alguna referencia, les compartiré la de un experto, la cual entenderán bien cuando acepten con gozo la luz del Sol. Nicolás de Cusa, para muchos el más grande filósofo del siglo XV, se preguntaba si sería realmente posible explicar la existencia de Dios en términos racionales, concluyendo después de mucho que nuestra mente siempre deseará saber, sin embargo no bastará este deseo para entender, pero sí para crear una idea vaga y amorfa de un Dios sin límites, pues la razón nunca estaría satisfecha al generar una imagen concreta y clara acerca del mismo. Es importante señalar que este pensador consideró algún día que todo lo creado en el universo era imagen de un Dios, pero no como copia fiel del mismo sino sólo como signo de éste, de tal forma que a través de lo creado (como el Sol), el hombre podía entonces admirarlo y entender su existencia. Tal vez por lo anterior, al no existir palabras adecuadas y menos ideas, el hombre ha hecho uso de símbolos intentado representar a través de ellos la esencia, sustancia y presencia de Dios.

De esta forma, en distintos tiempos y culturas se ha utilizado lo mismo un *disco de oro alado*, un crisantemo o incluso un girasol para representar simbólicamente al Ser supremo; sin embargo la más importante y universal representación en el pensamiento místico, se ha logrado a través del *círculo*, en clara alusión, desde luego, a la circunferencia solar y además por ser la única figura geométrica sin principio ni fin y similar en todos sus puntos. Con un círculo ha sido representada la totalidad, la perfección, la eternidad y desde luego la armonía incluyente, esa que se buscaba lograr en la *mesa redonda* del Rey Arturo, aquel considerado monarca ideal, tanto en la guerra como en la paz.

Por desgracia para muchos, el símbolo nunca dará respuestas monosilábicas a preguntas como la que nos ocupa, pero sí podrá acercar a quien voluntad tenga, al entendimiento de lo que nuestro propio entendimiento esconde al estar basado sólo en la palabra, en la proporción y en la medida. Pero ¿será acaso que con justa intención fueron marcados biológicamente los límites de nuestra mente, para toda la vida enfrentar la duda y poder ir en busca de la respuesta? Como padre tengo la esperanza de que a ustedes la *duda* más que confundirlos los aliente; paradójicamente siempre que duden habrán avanzado en la respuesta, recuerden que en la vida hay que dudar para no dudar, que es distinto al dudar por dudar de los grises escépticos. Sigán adelante, sepan que ya están subiendo un escalón llamado *fuerza*. Fuerza entendida como la capacidad y el poder moral para movernos, fuerza para *correr el velo*, el más pesado y *oscuro* de todos, el velo de la *ignorancia*, el cual disimula casi con perfección la realidad y también las cosas valiosas de la vida. Al hacerlo, sepan que estarán trabajando...en ustedes mismos, algo que en la vida más temprano que tarde los distinguirá. Se dice en el Corán: "hemos quitado tu velo y ahora tu mirada es penetrante". ¿Lo entienden?

Antes de abandonar, si esa intención tuvieran, les sugiero que al menos por orgullo indaguen en un diccionario el significado de la palabra "Dios"; se dice que siempre que se toma un libro entre las manos se avanza al frente un paso, algo digno de un hombre con anhelos. En su incipiente *búsqueda* es probable que la semántica de la palabra *Dios* los lleve a otra proverbial: *divinidad*. La divinidad es definida como la esencia del ser de Dios o bien como una causa o efecto sobrenatural que se manifiesta incomprensible al entendimiento del hombre, pero que ante su evidencia puede dar paradójicamente constancia de su existencia. El significado de esta palabra es tan basto que, aunque puede, no tiene por qué presuponer la existencia de un Dios como intentamos concebirlo en nuestras mentes, ni tampoco en el sentido de existencia que conocemos.

En el budismo, por ejemplo, la divinidad es la ley que gobierna el universo en forma eterna, mientras que sus deidades son mortales y no tienen jamás el poder de ir contra esa ley, por lo que resulta claro que la divinidad está infinitamente por encima de ellas; algo por cierto totalmente contrario a lo que con frecuencia observamos, ya que a muchos les resulta menos complicado depositar su fe y esperanza en una deidad o en un santo, al reconocer en ellos un poder similar al de Dios y también posiblemente, una parte humana más cercana a su propia circunstancia y naturaleza.

Ustedes pronto opinarán acerca de esto, pero les diré que a lo largo del tiempo algunos hombres y mujeres calificados como santos, posiblemente al reconocerse como parte de la esencia de un Dios o al descubrir algo divino en su propio ser, han actuado en consecuencia sublimando sus pensamientos y viviendo ejemplarmente. Podrá afirmarse que fueron sólo humanos, pero si ustedes así lo desean acéptenlos como santos, sin permitir eso sí, que alguien se los imponga; identifíquenlos, estudien sus vidas, escojan a su preferido y si se creen capaces intenten seguir su ejemplo. La libertad con que han venido a este mundo, que es más de la que a veces se atreverán a ejercer, les permitirá hasta considerar a un santo como su amigo y decirle en secreto cuando lo necesiten “¿qué acaso los amigos no se ayudan?”. La vida por sí misma es tan prodigiosa, que aún sin saberlo y por el sólo hecho de querer a los animales como ya ocurre, es probable que ustedes dos ya sean amigos de aquel Santo de Asís que fue el que más amó a esas criaturas, aquí claro que valen las afinidades; sólo recuerden que estas amistades son tan desinteresadas y sinceras, que no exigen limosnas, veneración pública o visitas a un templo.

Se ha expresado ya que lo divino es esencia del ser de Dios, y algo divino es sin duda digno de ser adorado, es decir, de amarlo en extremo y no podría ser menos, pues amar es el sentimiento más intenso de un ser humano, el cual partiendo de su propia insuficiencia reconoce una necesidad y busca el encuentro con otro ser (que puede ser Dios en este caso a través de su esencia), de forma tal que complete su existencia y le dé sentido para vivir, convivir y crear.

Ahora que conocen su definición, seguramente se preguntarán ¿y dónde encuentro algo divino? A lo cual contestaré con otra pregunta, ¿han escuchado decir a alguien en un atardecer, “mira que Sol tan divino”? Se ha dicho ya que lo divino es la esencia del ser de Dios. Yo en su lugar, aquí justamente reflexionaría un momento.

Antes de que aparezcan los brazos del desánimo, es mi deber comentarles que intentar representar la grandeza de Dios en la mente les será siempre imposible, pero esto no significa que Dios no exista. Nunca nieguen su existencia sólo porque las cosas vayan mal, tengan presente que la vida es un mosaico de cuadros claros y oscuros siempre consecutivos, que son más fáciles de cruzar tomando a otro de la mano.

Con lo dicho, podríamos concluir ya este capítulo pero deseo recordarles que está en ustedes admirar y amar lo divino, sólo tengan presente que si se ama no es para pedir necesariamente favores, compasión o milagros, o acaso ¿ustedes se imaginan por la vida buscando a quien amar para pedirlos? Se ama a alguien para admirar y sentir su esencia; se puede amar entonces lo divino para complementar nuestra existencia con su naturaleza suprema.

No sería extraño que sigan sin respuesta, pero ¿será necesario encontrar una? ¿Y si la pregunta relativa a la existencia de Dios, más que una aporía, fuera un llamado?, como si les *tocaran* suavemente el hombro con la mano o como si alguien uniera la punta de su

dedo índice con el de ustedes. ¿Qué habrá querido decir Miguel Ángel en su obra “La creación”? Eso se piensa, pero más se entiende sintiendo; se dice que cuando alguien presta atención a esa llamada, intentar reflexionar y razonar sobre las cosas propias de Dios no tiene ya sentido. Queridos hijos, el último escalón de este trecho lleva el nombre de *belleza*.

Reconocer y amar íntimamente lo divino es simplemente amar la vida con todos sus claroscuros; entender esto los distinguirá aún más entre todos y les permitirá vivir siempre dignamente de *cara al Sol*.

8

Este capítulo está compuesto de 17 párrafos. El número 17 está formado por el número uno que cabalísticamente representa a la divinidad, y el siete que contiene todas las vicisitudes de la vida; el número 17 descompuesto y sumado es igual a ocho. El ocho representa la dignidad y la igualdad. Considerando el alfabeto griego y los numerales asociados, el nombre de Jesús suma 888. El ocho es símbolo de la rosa de los vientos, del equilibrio cósmico, de la resurrección y del renacimiento eterno. Del renacimiento personal obligado, como aquel del Sol que es diario.

ii. Una intensa oscuridad

(EL NO CREER)

El hecho de no encontrar respuesta satisfactoria a una pregunta, jamás los debe llevar a tomar la decisión de no creer en Dios, eso sería sólo claudicar al primer intento y aunque no lo entiendan ahora, sumirse también en una intensa oscuridad. Deben saber que si ustedes, como resultado de sus experiencias en la vida, el desarrollo de su conciencia o bien como un acto de voluntad propia, deciden creer, nada perderán, contrario a lo que se piensa en cuestiones de fe hay que invertir muy poco, basta con admirar algo divino y sin sentirlo, pronto estarán creyendo. Sepan que creer es tener algo por cierto. El Sol es divino, al menos para muchos, y se ha dicho ya que lo divino es esencia del ser de Dios. Aunque les parezca extraño les invito a que se pregunten ¿El Sol no es cierto? Independientemente de lo que contesten, es evidente que todos en este mundo, hasta las *rocas* que se caracterizan por su dureza, recibimos a diario sus rayos fulgurantes.

No olviden que el creer caracteriza a un creyente, pero creer no es necesariamente equivalente a profesar una creencia y menos a participar en un rito. Creer debe ser un acto íntimo, mejor dicho excesivamente íntimo. Creer en algo divino es una característica contraria a la de aquel que se manifiesta *ateo* y para quien el no creer, no resulta necesariamente íntimo pues siempre que puede lo expresa rechazando públicamente la existencia de un Dios, a partir de un juicio o como simple rebelión contra algo que no saben que es, pero que permite la existencia del hambre, del mal y de la desgracia en nuestras vidas. Es innegable que todos estamos en nuestro derecho de negar la existencia de Dios si un ser querido se va de esta vida cuando más lo amamos o necesitamos, o bien si el infortunio nos acompaña por años, pero ya hace mucho el sabio libanés Jorge Elías Adoum, un auténtico rayo en las tinieblas, señalaba en una plegaria, que era necesaria la misma luz de Dios para poder reconocerlo en un recién nacido o en un cadáver putrefacto, en el mar o en el desierto, en el sano o en el enfermo, en el león que ruge o en el polluelo que pía, en la espina o en la rosa.

La negación de Dios por parte de alguien, se puede manifestar a través de la indiferencia que es exactamente lo contrario al amor, o bien descalificando categóricamente la posibilidad de la existencia de un ser con las características de Dios, posiblemente como consecuencia de no lograr representar una imagen de Él en su mente, algo de lo que nosotros tres ya hemos hablado. Para el ateo, rompiendo aquella vieja regla, decir “no” es más sencillo que decir “sí”. Ustedes mismos contesten ¿a quién se puede dañar diciendo íntimamente “sí”?; es decir, admirando íntimamente lo divino. Me temo que a nadie.

Para algunos ateos no es necesario negar la existencia de un Ser supremo, pues les puede bastar con abstenerse de opinar acerca del asunto e ir así por la vida atendiendo sólo sus intereses o instintos; sin embargo hay otros, los más visibles, los que ignoran que la palabra es *plata* pero el silencio es *oro*, en los que podrán observar una de las paradojas más bellas, pues al negar ruidosamente la existencia de Dios, demuestran tanta o más convicción que un creyente, tienen fe en algo que los impulsa a afirmar...creyendo. Estas personas pueden incluso negar rotundamente que exista una ley que armonice todo el universo, pero como aquél al que acusa de ingenuo creyente, tampoco tiene a su alcance la demostración de lo que afirma. Grandes pensadores después de analizar el alcance de los dichos de un creyente y un ateo, han concluido exhaustos que todos los opuestos coinciden. En otras palabras, los extremos de toda recta, que en realidad es una curva, siempre tienden a encontrarse en algún punto.

Protágoras, el más célebre de los sofistas, ateo y experto en el correcto uso de las palabras afirmó alguna vez: “Sobre los dioses no puedo saber ni que existen ni que no existen, ni tampoco respecto de sus formas, pues me impiden saberlo tanto la oscuridad de la cuestión como la brevedad de la vida humana”. Sentencia sin discusión, de hombre prudente y por tanto sabio, pero que en su interpretación pudiera encontrarse una conclusión velada: que hay algo más grande que lo que pudiera caber en el entendimiento de un sabio, es decir, algo ilimitado y por tanto impensable, que ¿por qué no? bien pudiera ser causa de todo, incluso de esa luz atea.

Como ustedes, seguramente algún día el ateo se planteó la pregunta acerca de la existencia de un Dios, pero incómodo ante la oscuridad causada por algunas *nubes negras*, de inmediato resolvió diciendo “no”; ignorando que bastaría detenerse un momento para perderse de esas nubes. Ustedes tengan presente que esas *nubes negras*, aún cuando obstruyen la luz, pueden refrescarnos y también generan después un deseo mayor de que el Sol aparezca.

Creer por momentos y dudar en otros, es más común de lo que muchos imaginan, esto habla sólo de la fragilidad del hombre en lo moral. Como cualquiera, al menos tres veces en la vida me he cuestionado casi derrotado ¿por qué ocurren ciertas cosas dolorosas? Pero la vida se ha ocupado de contestarme pausada y sabiamente; ha sido sólo cuestión de esperar el tiempo justo. No deseo ocultarles que la vida exige a veces mucho para con ella, pues demanda al mismo tiempo paciencia, tolerancia y mucha fortaleza, vaya complicación; cabe decir que estos tres elementos juntos, se aproximan a lo que los budistas llaman “so pa”, y sólo mediante el cual, según ellos mismos, es posible adquirir una compostura digna ante las penas, a partir del reconocimiento de que muy por debajo de las particularidades existe una compleja red de causas y condiciones perfectamente relacionadas entre sí; algo que al no entenderlo y de cara a un episodio trágico, puede motivar a muchos considerados creyentes, a dejar de serlo en un instante. He de comentarles que Santa Teresa de Lisieux siempre encontró salida a los momentos más duros de su vida al preguntarse sencillamente ¿qué me deja esto de bueno?

Por considerarlo necesario, debo decir que para mí el ateísmo es una debilidad moral; una pesada *cadena* en el brazo atada a la nada y por tanto impropia de los *hombres libres*. Sonará absurdo pero el creer es más sencillo que el no creer, sólo que exige más. Hace

casi dos mil años un gran pensador egipcio expresaba en momentos ya cercanos a su muerte: “Busquen siempre en la vida, día a día, cada instante, incansablemente, que la divinidad que mora en ustedes se reúna dichosamente con la divinidad que hay en todo el universo”. Distintos expertos han señalado que esta frase que pareciera simple, da cuenta del verdadero destino del hombre, de su auténtico rigor moral y ansia de fe. Para lograr esa unión, es decir, para encontrar el *Arco iris* que une al cielo con la tierra, la vida otorga oportunidades diario y para tomarlas sólo bastan buenos pensamientos, buenos actos y buenas *obras*. Vivir así nada quita al creyente ni al no creyente, pero qué poco se observa.

Ahora tal vez preguntarán ¿y qué tiene que ver el Sol con todo esto? pues que al Sol en su grandeza, lo mismo le da creyente que ateo y a los dos los trata igual. Ni los que creen son hijos del bien ni los que no creen son hijos del mal; sencillamente cada quien es libre y responsable de elegir para sí los acompañantes, el equipaje y la rutas para transitar por esta vida, ya sea de día o bajo una *intensa oscuridad*.

Hay algo más respecto al creer o no creer. Que no les extrañe jamás encontrar en el mundo a pequeños seres que acostumbran hablar de Dios desde que amanece, como si trajeran esa palabra cosida en la lengua; cuando aparecen derrochan fe y esperanza pero no mucha caridad; acostumbran repartir bendiciones a hombres y alimentos por igual; encomiendan públicamente a Dios a sus padres, hijos, amigos y extraños; juzgan actos de niños, jóvenes y adultos resolviendo como jueces y su cercanía con Dios pareciera tal que se permiten llamarle amorosamente “diosito”, es decir, Dios pero en pequeñito. En el simbolismo tradicional estos seres pudieran asociarse al *mono*, conocido por su aparente paternidad, compañerismo y solidaridad, además por su don de imitación y sus naturales bufonadas (espirituales); pero sepan que el mono en su intimidad es irritable, necio, egoísta e incluso avaro (en sentimientos); sin embargo, en público gusta de saltar de *rama* en *rama* intentando atraer un poco de atención, admiración, y si es posible, aplausos; expertos dicen que en la naturaleza del mono se observa algo totalmente desconcertante: que es de conciencia disipada. Estas personas, escúchenlo bien, en la parte más *oscura* de su *corazón* pueden ser más ateos que el más ateo. No olviden que la realidad generalmente se manifiesta en sentido inverso a la apariencia y esto cabe también en asuntos de creer y no creer.

Grábenlo en sus mentes: de Dios, de religiones y creencias jamás se discute, ni con ateos, ni con creyentes, ni con *monos*. Estos temas no se tratan con palabras pues eso sería muy pobre; pero si es su afán hablar de ellos háganlo entonces con actos, así los argumentos que esgriman serán ante cualquiera, demoledores.

2

Se cree o no se cree. La dualidad siempre expresa la existencia mediante formas entrelazadas en pares opuestos. La letra hebrea *Bet* que es la segunda, representa creación y la finalidad de la creación es dar al ser humano luz en abundancia, no oscuridad. Si bien el número dos puede ser símbolo del mal, de conflicto y ambivalencia, también es por consecuencia símbolo supremo de adelanto gradual y de reflexión. Que sólo la reflexión y no la ignorancia, les lleven a creer; que la reflexión misma se dé siempre entre luz y ocurra en sus vidas como ocurren sus alientos.

iii. La Sombra

(EL VICIO)

El vicio es un hábito opuesto a la virtud, un defecto moral que de manera extraña se adquiere para obrar mal contra nosotros mismos y que lleva al hombre a convertirse en un ente ridículo, que si bien puede no ser despreciable, sí resulta desagradable por su debilidad. Si la virtud es sinónimo de verdad, el vicio lo es de la *mentira* y es justamente con el vicio, que muchos creen mentirle ni más ni menos que a la vida.

El vicio es una renuncia a la libertad; renuncia que se firma a diario con una pierna atada a un *grillete* que es del tamaño de la voluntad de cada individuo. Como en el caso de cualquier accesorio utilitario o de ornato, existen grilletes caros y otros no tanto; los hay desde luego en distintos colores, algunos vienen acojinados y otros, como mazos de combate, llevan grandes clavos para herir a quien intente acercarse para liberar al portador.

Si han sido capaces, aunque sea por un instante, de admirar el esplendor del Sol, les será sencillo asociar el vicio a una enorme *sombra*

a la cual sigue fielmente un hombre, como el animal que sigue a alguien en busca de pan o afecto; adonde se mueve la sombra ahí está él. La *sombra* es aquello que se opone a la claridad luminosa y en simbología representa la imagen deforme generada a partir de uno mismo. Algunos grupos nómadas asiáticos consideran a la sombra como una segunda naturaleza generalmente ligada a la muerte.

La sombra asociada al vicio curiosamente lleva un nombre inscrito: ignorancia; pero también tiene apellido: ausencia de voluntad. La ignorancia está rodeada de un gran número de hijos pequeños pero nefastos, además de dos mayores que son sus predilectos, éstos son la superstición y el fanatismo, sombras en grado superlativo y a quienes por su tamaño pueden seguir miles de hombres al mismo tiempo; orgullosamente estas dos sombras se jactan de ser consideradas vicios espirituales y al ser el vicio sinónimo de daño y engaño, sobran las palabras en este párrafo.

Ahora que conocen a su parentela y saben cómo se hace llamar, podrán identificar a la gran sombra en su *senda*, porque seguramente intentará acercarse para conocerlos o bien reconocerlos. A la sombra podrán también verla tatuada en la frente de sus seguidores, pero si como argucia hubieran hecho desaparecer la marca para ocultar su debilidad, los reconocerán fácilmente: son predecibles, opacos y difícilmente podrán mirarlos a los ojos. Recuerden que en muchos la mentira también es vicio y en algunos incluso la cobardía, al fin ambas debilidades.

En caso de que aquella sombra viniera a ustedes preguntando sonriente si desean probar la exquisita *miel* de las *cavernas*, obsérvenla de frente como lo hace el *león*, símbolo de soberanía, y resuelvan de inmediato. Si por el contrario, en su andar encontraran a quien fielmente sigue a la sombra, sólo déjenlo pasar, pero si agotado y casi ciego pide un poco de luz, deberán brindarla, no olviden que a nadie se niega un *vaso con agua*.

En iconografía el vicio pudiera representarse con la figura de un *enano deforme, tuerto, cojo, sordo y maloliente* que abraza y besa incesantemente a una *serpiente acuática de color negro y blanco amarillento*, entre *lágrimas y risas* de aquellos que lo rodean. También pudiera asociarse a la imagen de un joven *pálido, encorvado, semidesnudo y descalzo*, corriendo tambaleante por un camino sembrado de *rosas* bajo las cuales se agitan *víboras*, llevando en la mano una *máscara* con la que se apresura por momentos a ocultar la deformidad de su rostro, causada por el placer de los pétalos y el dolor de las espinas en forma simultánea; sosteniendo además un *anzuelo* con *hilo* que tiende para atrapar a otros y compartir su aparente euforia, pues no soporta estar sólo. La descripción de las imágenes lo dice todo, intérpretenlas y grábenlas para siempre en sus mentes.

Aquí concluye esta parte, la sombra no merece más palabras.

5

Cinco letras conforman la palabra "vicio". Simbólicamente es el número del humano y por tanto nos recuerda que como humanos a todo estamos expuestos, pero también marca un camino pues resulta de la suma de dos más tres, es decir, de reflexión más equilibrio. El número cinco es representado por un hombre cuya cabeza, brazos y piernas extendidas forman una estrella de cinco puntas, asociadas al número de facultades con las que se puede enfrentar al vicio: pensamiento, conciencia, inteligencia, voluntad y una más que sólo ustedes deciden. El hombre que forma la estrella queda circunscrito a un *círculo*, por tanto manteniéndose ahí,

nunca estará perdido.

iv. La luz

(LA VIRTUD)

Les he hablado del vicio porque para apreciar lo *blanco* es necesario el contraste con lo *negro*. Al intentar distinguir entre la *luz* y las *tinieblas* o entre el *amor* y el *odio*, deberán ser siempre precavidos pues los divide sólo una línea indecisa, pudiendo aparecer en la vida como valores opuestos pero también alternantes, similar a los colores observados en un tablero de ajedrez. Sean entonces cuidadosos en sus relaciones y compromisos, anteponiendo siempre a ellos la sinceridad, el respeto y desde luego, la virtud antes que el vicio.

El antiguo pueblo egipcio consideraba que la *luz* moraba en el interior del hombre y aquellos que eran vistos como iluminados, estaban obligados a vivir de tal modo que siempre brillase en ellos esa chispa, procurando además dar *luz* a los extraviados. Reconocían también que la fuente original de esa luz era un ser divino, el Sol, que dirigía inagotablemente su luz hacia los hombres, pero al ser éstos propensos a vivir en las *cavernas* de la ignorancia, otros tendrían que hacer uso de sus terrenales espejos (virtudes desarrolladas) para poder reflejar la luz allí donde de otro modo no penetraría; siendo así en forma sublime, que el ser divino se dignaba en aceptar en su obra, nuestra ínfima ayuda como humanos, al reconocernos como parte de sí mismo. En muchos sigue causando risa o extrañeza que el pueblo egipcio adorara al Sol, ahora ustedes tal vez entiendan el significado que tenía. Para el que se ha quitado ya la *venda de los ojos*, es claro que esto era mucho más que simple paganismo.

La virtud puede concebirse como una *prenda* de suma perfección que debemos confeccionar durante toda la vida, pero que mientras concluimos podemos portar. Qué más gran ideal que aquél que los invita a ser libres y virtuosos; en suma, que los provoca a que en sus vidas siempre hagan adelantos para poseer una dignidad que les haga distintos, dignidad que podrá aumentar en la medida que desarrollen sus virtudes, pero también disminuir si son atrapados por aquel personaje con *anzuelo e hilo* que es el vicio; a esta dignidad se le denomina dignidad moral y es distinta desde luego a la dignidad ontológica, la que todos por el simple hecho de ser hombres poseemos y de la que pueden presumir hasta los débiles de carácter.

En esencia, la virtud es un hábito bueno, contrario a cualquier vicio. En la antigua Grecia se asociaba la virtud a la valentía en el campo de batalla ¿entienden por qué la virtud les permitirá librar *de pie* cualquier combate? La virtud es integridad de ánimo que distingue, es todo esfuerzo consciente que hace el hombre para dominar sus pasiones desmedidas. Al cultivar las virtudes deberán tener presente que cuanto más éxito se tiene en la transformación de la vida interior, mejor podrán afrontar la adversidad y vivirán disfrutando por sobre muchos. Se dice sabiamente que éste es el camino más despejado para evitar el sufrimiento, algo a lo que todos legítimamente debemos aspirar.

A lo largo del tiempo varias tradiciones filosóficas y religiosas han reconocido muy distintas virtudes, incluso los romanos tomaban en cuenta algunas que hoy nos parecerían extrañas, como el humor, la salud, la fortuna y la jovialidad; sin embargo existe siempre coincidencia en otras como la sabiduría, el amor (considerada la fuerza más poderosa de la vida), la gratitud y la humildad. Además de éstas, ustedes podrán encontrar muchas otras en los libros, pero desafortunadamente pronto descubrirán que sólo ahí permanecen. Listar y clasificar las virtudes puede ser complicado además de inútil, por tanto les recomiendo que sólo mantengan en un lugar especial a las conocidas como cardinales y teologales.

Las virtudes cardinales son sólo cuatro y quien decide asumirlas, representa entonces simbólicamente el punto geométrico desde el cual ellas se proyectan hacia los cuatro ámbitos del universo. Éstas son la prudencia, la fortaleza (que es el valor ante la adversidad), la templanza y uniendo a todas, la justicia. Si así lo deciden, con ellas podrán hacer crecer su dignidad moral, sólo tengan presente que en su práctica no se obtienen, nunca, ni aplausos ni medallas.

Por prudencia sólo abordaré una de las virtudes cardinales, la que justamente así se llama y que así también se practica. La prudencia es un ángel que anticipa las consecuencias de los pensamientos y actos propios; en resumen es cautela y moderación al pensar, hablar y actuar. Como virtud, la prudencia exige poco, pero a diferencia de otras, observarán que sus resultados son inmediatos y una vez reconocida genuinamente por otros en ustedes, trascenderá rápidamente a lo colectivo y los obligará a practicarla en todo momento;

vaya compromiso, pero que gran distinción, casi de hombres sabios. Menciono a la prudencia porque ésta es la sutil medida que tienen que cuidar cada día en todos sus actos; deben saber que sin prudencia, su fortaleza se transformará peligrosamente en tonta osadía, su templanza en absurdo y agudo dolor, y su justicia en tonto rigor; bien se dice por ahí que los detalles en la vida, hacen la diferencia. Si caben las recomendaciones, les daría una sola: que eviten a toda costa ser imprudentes. Que sus vidas no sean nunca una serie numérica de torpezas, eso déjenlo a quien con eso se divierta.

Anticipándome a las dudas, les diré, que las virtudes son una opción personal, pero no irán al llamado infierno por no practicarlas; algún día entenderán que a este lugar se va por otras causas; ya un gran cabalista señaló que al infierno se llega paso a paso, completamente sólo y además por voluntad propia.

Con toda intención, pues el Sol necesitaba estar en *medio día*, comentaremos las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Estas son aportación del cristianismo y son denominadas así por estar más relacionadas con la naturaleza de Dios. Están simbolizadas por la *escala de Jacob*, aquella que descansa sobre la tierra y sube hasta los cielos y por la que ascienden y descienden ángeles. Esta escala representa fundamentalmente dos cosas: por una parte las relaciones entre el cielo y la tierra, (es decir, entre la parte divina y humana que cada uno posee) además la ascensión gradual del hombre.

San Isaac el sirio, afirmaba que la escala estaba escondida dentro de nosotros, pero sólo lavándonos del pecado (que es el vicio o la mentira), era posible descubrir los peldaños por donde subir. Siempre que les sea posible admiren esta imagen y también guárdenla en su memoria. Respecto a esta *escala o escalera*, distintos místicos coinciden en señalar que siempre su primer peldaño es la cabeza de un *dragón*, por tanto aquél que intenta subirla tendrá primero que pisarla despertando a ese temible guardián de los tesoros escondidos; con esto entenderán algo que es muy común escuchar: que lo más difícil de todo es empezar.

Finalmente, les comento que las virtudes teologales son cosa seria, corresponde a ustedes entenderlas y sobre todo practicarlas cuando puedan, pero habrán de hacerlo escribiéndolas dignamente con *mayúscula*, recuérdelo, con *mayúscula*, en la forma más sincera y discreta, y siempre de cara al Sol.

7

En hebreo, la letra Zain cuyo número es siete, representa el sabbath, séptimo día consagrado al reposo y símbolo de los valores espirituales como fuente de bendición, pues quien observa el sabbath es colmado de dicha, felicidad y abundancia. Siete son las virtudes cardinales sumadas a las teologales, siete también los colores del arco iris y las notas musicales; con las virtudes como pinceles, colores y tonos, podrán pintar el cuadro de sus vidas en forma alegre o triste, sin olvidar que los trazos que ahí hagan, correctos o equivocados, serán imborrables. Esa pintura será su obra diaria, como parte del Opus Magnum.

*v. El recorrido
del Sol*

(LA LIBERTAD)

La libertad puede representarse simbólicamente a través de un águila, la más fuerte, generosa e intrépida de las aves, capaz de alzarse por encima de las nubes y mirar al Sol *cara a cara*. Emblema supremo de guerreros, signo de valor, majestad, fascinación, *victoria* y aspiración espiritual; en la Biblia es común encontrar referencias de ángeles con la forma justamente de águilas. La tradición hebrea refiere que el águila era capaz de alzarse y quemar sus *alas* en el *fuego* solar para caer entonces al mar y emerger con un par nuevo, algo convertido ya en parte del simbolismo bautismal cristiano. El águila simboliza también en distintos ritos la posibilidad de ascensión al Sol mediante las alas que son la oración. Recuerden que para admirar plenamente a un águila hay que verla en pleno vuelo y con las alas abiertas.

En su sentido literal, la libertad es el estado de aquel que no es esclavo de nada ni de nadie; es también la facultad que tiene el hombre para pensar y obrar de una manera u otra, o para no hacerlo. A partir de lo anterior parecería sencillo asociarla con la responsabilidad, sin embargo en el desarrollo de nuestras vidas muchas veces preferimos ignorarlo. Aquella frase que dice: “La verdad te hará libre” sintetiza algunos de los temas de los que ya hemos hablado, toda vez que la verdad se asocia a la virtud, y ésta es lo opuesto al vicio que es sinónimo de esclavitud, por tanto la virtud a ustedes los puede liberar y cualquier vicio encadenar, ese es el real sentido.

Además de su significado literal y simbólico, se debe considerar que la palabra “libertad” tiene incluso un sentido metafísico, pues se puede o no estar libre de pasiones, de prejuicios, de complejos, de falsos prestigios, de fantasmas o de demonios internos. En la vida diaria debe tenerse presente que no se necesitan grilletes para ser esclavo o esclavizar a alguien, a veces basta con hablar de más o simplemente, no hablar nunca.

Si pareciera fácil entender el término, no es nada sencillo comprender la posibilidad de su ejercicio, por eso se afirma que el hombre tiene mucha más libertad de la que se atreve a ejercer, tal vez por ignorancia o miedo, pues cualquier grado de libertad exige la misma proporción de responsabilidad pero en sentido inverso, como tratándose del movimiento pendular en un reloj. Es evidente que la virtud y el vicio se relacionan con la libertad como valor universal. Libertad para hacer o deshacer, para afirmar o disentir, para alentar anhelos o deshacer voluntades. Es por eso que a la libertad se le ve también como una espada de doble filo, la cual puede ayudar a cortar una atadura y también herir a quien la porta; una espada en la mano equivocada, aún tratándose de un arcángel, puede ser calamidad y tragedia, es por eso que a la espada puede vérsela a distancia, lo mismo como un bello destello de luz o como un relámpago.

La libertad, como se ha dicho, tiene mucho que ver con las virtudes, las cuales se relacionan con los valores y alojan en un ámbito estrictamente privado y se enmarcan en algo conocido como ética, cuya práctica es una opción personal que no puede imponerse a nadie, pues si se impusiera ya no sería ética sino ley y como tal, pudiera o no cumplirse.

Fernando Savater señala que entre todos los saberes posibles existe uno indispensable, “el saber que ciertas cosas nos convienen y otras no”, pero el hombre al poder elegir en mucho su manera de vivir y por tanto de convivir, puede cometer errores, es decir, puede escribir renglones torcidos en su historia personal; por lo tanto es fundamental esforzarnos en adquirir un cierto “saber vivir” o “arte de vivir”, al cual Savater llama exactamente ética. Tal vez ahora les resulte complejo el tema, pero les aseguro que pronto bien lo entenderán y en cuanto así sea, dense prisa en adquirir su propio “saber vivir”, pues yo como padre, compañero o amigo, afortunada

o desafortunadamente, no estaré aquí eternamente.

Respecto a la libertad del hombre les compartiré un relato. En cierta ocasión a un viejo sabio que se encontraba sentado bajo un árbol, le preguntaron algunos *caminantes* ¿qué es el infierno?, a lo que sonriendo contestó: “en el momento de la muerte, la parte divina de cada individuo se desprende de su cuerpo y va al encuentro de un ser supremo, mismo que después de recibirlo entre sus brazos lo introduce a un espacio solitario para proyectarle una película de su propia vida, pero no como ésta fue sino como pudo haber sido, mostrándole ahí escena por escena, todo lo que habría podido ser y lograr si hubiera actuado en forma distinta, si hubiera amado aunque fuera poco y si hubiera tenido conciencia de su libertad y responsabilidad. Al concluir la película, ese ser supremo le sentencia con voz baja, tal vez con compasión y dolor: ¡todo eso que has visto, se ha ido para siempre!; es entonces cuando aquel pobre hombre destrozado, lanza un terrible lamento que durará, con él siempre consciente, toda una eternidad”. Eso es el infierno, concluyó.

Ahora ¿qué desean ver en su propia película? Eso les corresponde decidirlo a ustedes, pues mientras vivan podrán escribir y en algunos casos hasta reescribir el guión de la misma, pues sorprendentemente aquí, el hubiera sí existe. Sólo apresúrense, pues no conviene esperar el momento de la muerte para ver lo que pudo ser y menos para lamentarse eternamente por la forma tan simple en que pudieron evitar a ustedes y a otros, lágrimas, dolor y penas.

1

La palabra águila inicia con la letra “A”. *Alpha* en el alfabeto griego es el inicio y como tal marca el principio de las buenas cosas. En hebreo la primera letra es *Alef*, que viene de la palabra *Aluf* que significa príncipe y sólo quien se asume como tal es capaz de gozar la vida en libertad, sin olvidar claro, que la letra “A” sirve igual para expresar admiración o dolor, por ser para el hombre el más natural de todos los sonidos. Siempre libres como el águila, libres como príncipes; siempre libres como el recorrido del Sol.

vi. Un Sol abatido

(EL SER MISERABLE)

Hablar de *miseria* es referirse lo mismo a una insignificancia que a la falta de lo necesario para el sustento; puede también usarse en forma ofensiva o para referirse a un infortunio. Extrañamente cuando se utiliza esta palabra se hace para calificar a otro, pues es realmente difícil reconocerla en uno mismo sin antes aceptar aquella necesidad tan humana de buscar a quien, en algún momento, nos consuele o al menos nos compadezca.

Hablar de un *hombre miserable* supone como se ha dicho, referirse a una persona desdichada o en pobreza extrema, pero partiendo del hecho de que la miseria de alguien es generada por la ausencia de benefactores materiales, emotivos o hasta espirituales, vale suponer que al encontrarlos dejará de serlo. Identificar a alguien como miserable resulta un juicio nunca definitivo y por tanto inútil, puede incluso resultar sólo un acto de ilusión en dos sentidos. Por lo anterior les recomiendo que jamás califiquen de miserable a una persona, pues es sólo eso, una persona; antes de hacerlo ocúpense en ustedes mismos, de aquel ser miserable que pueden tener dentro, creciendo paulatinamente como *hiedra*.

Si en sus vidas, en un acto de conciencia, reconocieran que hay algo en ustedes cercano a lo miserable, primero no se alarmen, pues es propio de la naturaleza humana y después estén seguros que conviviendo con la parte enferma habrá siempre una parte sana; así de esa manera, habrán reconocido en ustedes lo humano y lo divino que compone su existencia. A partir de lo anterior, como muchos, podrán preguntarse ¿por qué una parte siendo sana y fuerte no impide que la otra invada su espacio y con un soplo la aleja? ¿por qué en tan evidente y desigual lucha de un sano contra un enfermo, el combate pareciera no tener fin? Esa respuesta está sólo en ustedes.

No olviden nunca que ser hombres miserables puede hallar solución incluso en otros, pero permitirle vivir a un ser miserable dentro de ustedes no, esto exige un remedio personal.

Hablar del ser miserable es algo propio, sin embargo les diré que este ser goza a diario negando sonrisas a quien a ustedes sonrío, ansiando bienes de aquellos que incluso tienen poco, envidiando las alegrías de los más pobres, cambiando la más grande malicia por inocencia, hiriendo a indefensos que tienden la mano, abusando de quien ofrece ayuda sincera y exigiendo ser amado sin amar. Sepan que este ser gusta de ocultarse justamente tras soles interiores abatidos, tras corazones tristes.

Simbólicamente pudiera verse a este ser miserable como una *serpiente negra*, que como tal, se arrastra silenciosamente para ocultarse; pero que también como criatura fría, gusta de mostrarse a los rayos del Sol de rato en rato. Bien se ha dicho que en cada hombre puede haber algo de serpiente, encarnando nuestra parte más oscura y mostrándose a través de nuestra lengua como palabra, que al final es energía. Con el paso de los años, sabrán por ustedes o por otros, que la *serpiente* es por naturaleza, rápida como el *relámpago* y cuando aparece pareciera surgir de la nada escupiendo sufrimiento.

Por considerarlo necesario, aquí les compartiré un ejemplo de entre miles, de cómo puede actuar el ser miserable en la vida cotidiana. Hay ocasiones en que alguien cualquiera, padre, hijo o hermano, saliendo de lo cotidiano aparece con una idea fuera de lo común; él jamás se ha interesado por la vida de otros o al menos así parece, sin embargo en ese momento expresa preocupado que la madre de un amigo está enferma y que irá a visitarla incluso con un obsequio. Al salir de lo habitual lo primero que producirá en quien lo escucha será tal vez asombro, para inmediatamente después como respuesta recibir un “vaya ni de nosotros te preocupas”, o bien en tono de

burla “¿y por qué tan compasivo?”, seguido de más reproches o ironía. Lo más probable es que para ese entonces la intención de aquel llamado “compasivo” haya muerto o esté en última agonía, ante el embate de una *negra serpiente*.

Tengan siempre presente que la intención de esa persona, que lo mismo puede ser niño, joven o adulto, si bien extraña para algunos, es un pensamiento sublimado; alguien afirma que un ángel pudo haber tocado su hombro suavemente. Queridos hijos, cuando reconozcan eso en cualquiera, respeten a toda costa su deseo, no permitan que el ser miserable que todos llevamos dentro en mayor o menor medida, acabe con esas buenas intenciones de por sí escasas. Siempre que escuchen algo así sonrían, siéntanse privilegiados de vivir ese momento y si así lo desean alientenlo. Esto como algo que enaltece, los hará con el tiempo crecer como gigantes.

Es importante comentar que ese ser miserable del que hablamos puede permanecer oculto por largos periodos, desarrollándose silenciosa y rápidamente incluso en aquellos muy jóvenes; nunca lo alimenten con su pensamiento y menos con palabras, pero aún menos lo ignoren, porque este ser genera deudas que tarde o temprano tienen que pagarse. Les confesaré que a mí, todavía me pesa que siendo casi un niño, le mostraba esa parte miserable a mi padre, simplemente con mis críticas hacia su actuar o decir, o bien con silencios que pienso, equivalían a desprecios gratuitos ante sus muestras de elemental afecto paterno. Afortunadamente para mí, el ser divino de mi padre siempre pudo más que mi ser miserable, colmándome así de amor a su manera. Muchos justifican estas conductas llamándolas natural rebeldía, pubertad o adolescencia, yo simplemente pienso que mi ser miserable me ganó antes de tiempo, no hubo alguien que me enseñara a luchar contra él desde temprano o tal vez no entendí lección alguna. Pero debo decirles también, que hay dos cosas que me reconfortan entre mis lamentos a solas por lo que les he confesado: la primera es que si en algún momento mi padre hubiera actuado mal contra mí, es decir, si me debiera algo, con uno sólo de mis alientos quedaría saldada la deuda y le saldría eternamente debiendo; y la segunda, que a él, esté donde esté, seguro le basta para perdonar mi actuar, que yo le diga por las noches en silencio, “Papá estoy bien”.

Lo anterior me hace estar seguro de algo que seré cuidadoso al señalar: la parte enferma acaba con nosotros al morir, pero la parte divina siempre permanece. Pruebas no tengo, sólo lo siento y al menos para mí, basta.

En su obra, Carlos Castaneda hace referencia a la miseria interior denominando a su portador “hombre corriente”, como aquel al que le hace falta lo necesario para el sustento... pero del alma; aquél que actúa ignorando voluntariamente su miseria por una sola razón llamada cobardía. Yo agregaría que el hombre corriente lo es porque el trabajo en él mismo resulta igual a miseria, funcionando únicamente a partir de un montón de hábitos imbricados e ideas de las que ni siquiera es dueño. Así, este hombre anodino es descrito como un temible demonio, como un hombre serpiente, que anda por el mundo castigando a los que no comulgan con su manera de ser y por tanto impidiendo en quienes le rodean, toda elección hacia la libertad.

Como a mí me lo enseñaron, ustedes deberán ser sus principales jueces y siempre que puedan habrán de preguntarse ¿cuánto de ser miserable vive y lucha en mí?, algo que deberán contestarse, preferentemente cuando más felices se sientan, pues esa energía resulta, tanto como el auténtico amor, aniquilante para el ser enfermo.

Haciendo a un lado la miseria, ahora a ustedes les pregunto ¿cuántas veces o qué tan a menudo hablan con su parte sana? ¿cuántas veces han invocado a ese ángel? ¿cuántas han llorado juntos o cuándo le han preguntado si está cansado de ustedes y del ser miserable que insisten en guardar junto a él? ¿se han prometido permanecer juntos librando luchas y disfrutando lo bello? ¿le han

pedido que continúe con ustedes aún después de esta vida? Seguramente tampoco saben de dónde vino este ángel y por qué los eligió a ustedes, pero eso es lo de menos, tengan siempre la certeza que ahí está y actúen recordando que en la vida o se es con la parte sana, o no se es nada.

Lo que sigue es la tarjeta del regalo que les doy y antes de concluir este tema, aquí se las presento. Fue escrita ni más ni menos que por Prem Rawat, mejor conocido como Maharaji y a quien yo considero como un amigo muy secreto; dice textualmente lo siguiente:

Cada uno de nosotros tiene un ladrón invisible que le sigue por todas partes. ¿A qué se dedica ese ladrón? A robarnos. A este ladrón no le detienen las puertas, ni las cerraduras, ni las alarmas. Pero no se dedica a robarnos el dinero o la ropa, sino que nos priva de los bienes más valiosos que poseemos: la alegría, la paz, la satisfacción, el entendimiento. Y esas posesiones son, en realidad, mucho más importantes que cualquier otra cosa. Que cualquier otra cosa. Al decir “quiero paz en mi vida, pero... más adelante”, estamos dando permiso para entrar a este ladrón invisible. Ésa es su señal. Con sólo oír “ahora no”, el ladrón dice: “A esta persona le puedo robar con facilidad porque, en vez de proteger su bien más valioso, no hace más que desperdiciarlo, tirarlo”. Y en ese momento, nos roba lo más importante que tenemos.

Nunca olviden que la miseria en su ser tiene que ser primero sinceramente reconocida, observada y después aniquilada a través de acuerdos con su parte sana, para dejar de ser hombres corrientes y renacer, como lo dicen los viejos sabios, en la suprema conciencia del guerrero que llevamos dentro, en la esencia divina, es decir, en el Sol del cual los tres ya hemos hablado.

El origen de la miseria del ser es el apego, esto es un secreto pero a ustedes dos se los comparto. Sean siempre lo mejor, que sus corazones no sean nunca soles abatidos.

3

El título de este capítulo se compone de tres palabras; tres es el número más positivo en el simbolismo al representar la armonía perfecta a partir de un triángulo. El tres en nuestro alfabeto representa a la letra “C” y en el hebreo a *Guimel*, que simboliza a un hombre rico corriendo detrás de un hombre pobre para darle caridad (la parte sana corriendo tras la enferma) y donde el correr expresa el poder de voluntad. Guimel se asocia con el camello (gamal), que a su vez en castellano inicia con la letra “C” y que como animal es símbolo de fortaleza, sobriedad, obediencia digna y sobre todo docilidad en este caso para recibir amor, consejo e instrucción toda la vida; así se combate al ser enfermo.

vii. Un Sol sonriente

(EL SER AMOROSO)

En la historia antigua y también en la reciente, se ha escrito miles de veces que dentro del hombre mismo es posible hallar además de una semilla divina, algo a lo que Viktor Frankl reconocía como el gran Dios ignorado. Tal vez ignorado en mucho, por nuestra imposibilidad para entender algo elemental: que la transitoriedad es esencia de la vida.

En el budismo tibetano se afirma que pensar con claridad en la transitoriedad de la vida aunque sea por un instante, nos despierta de un sueño que transcurre lento y rápido en forma simultánea; un sueño que sólo refiere escenas del pasado y algunas que, esperanzados, esperamos sucedan o no en el futuro, así exactamente se va la vida. ¿Y el presente? Creo que el presente sólo nos resulta incómodo, situación propicia para la aparición de otro demonio tan temible como la ignorancia y que lleva por nombre uno simple: evasión. Evasión, entendida como ese arte o astucia para evitar a la vida misma. Al evadir la vida, que es el momento presente, se desvanece entonces la posibilidad de disfrutar de ella con todos sus matices, cerrando así gradualmente el espacio para nuestro Sol sonriente, símbolo de la parte sana de los hombres.

Por algo cuyo origen es extraño, el hombre al vivir hacia atrás o hacia delante, se niega permanentemente a renunciar a las causas de su sufrimiento, también ahí se evade. Si alguien tiene hambre así permanece lamentándose de ella con las manos en los bolsillos, si tiene frío no sale al sol sin gafas, si alguien brindando ayuda le tiende la mano es probable que le incomode esa confianza, si trae una cadena en un pie la mostrará como trofeo, si está enfermo procurará por muchos medios verse así y si ama sin que le amen se ufanará ante todos del engaño. Lo que sigue es delicado, pero les diré que hay algunos que presumen desde luego engañados, de haber domado y sometido al ángel que algún día llevaron dentro. De todo esto no se dan ni cuenta y por lo mismo, sólo eso merecen; aunque sea difícil de entender, la razón es una, les hace falta una clase de amor que sólo ellos se pueden prodigar, el amor a sí mismos.

Por fortuna como ya se ha expresado, en todos nosotros existe también una parte sana, cálida, brillante y amorosa, algo semejante a un Sol radiante, es decir sonriente, pero al que sólo será posible encontrar en lo más profundo e íntimo, en aquel sagrado espacio de reflexión en el cual el hombre dispone a solas de su última voluntad y de donde surgen esas dignas actitudes con las que es posible enfrentar cualquier ofensa o calamidad.

Este espacio o cámara de reflexión simboliza el centro de la tierra de donde venimos y a donde habremos de volver, reconociendo con ésto, la transitoriedad como esencia de la vida. Cada quien es libre de buscar y elegir los caminos para llegar a ese lugar donde se admira el Sol sonriente, sólo que para esto es imprescindible reconocer la existencia de tres soles: un Sol divino, un Sol sonriente dentro de nosotros y otro más en cada uno de nuestros semejantes. Así al reconocerse entre ellos, el de ustedes brillará, permitiéndoles establecer relaciones íntimas, sinceras e incluso amorosas con los demás y desde luego con ustedes mismos.

Mirando diario a su Sol sonriente, serán capaces de mostrar su amor a la vida en el desarrollo de sus obras, pues el hombre libre y de buenas costumbres reconoce que la esencia de la divinidad se hace más palpable a partir de esto y del conocimiento y uso de la inteligencia que le fue otorgada para conocer y admirar lo divino.

Hay un último secreto, la manera de fortalecer a ese Sol sonriente es simplemente reconociéndolo en nuestro actuar. Entonces ¿Cuándo sonríe más el Sol? Cuando se reconoce que todo lo que se manifiesta dentro de la auténtica amistad y amor nos acerca a la verdadera veneración de Dios; cuando se acepta gustoso como demostración de la ley divina, a las maravillas de la vida, así como al constante movimiento que señala que lo único inmutable es que todo es mutable; cuando se ejecutan a diario, como noble disciplina obras y acciones de utilidad práctica como pago de un tributo a la divinidad, para que llegado el instante podamos develar en paz una de las más grandes incógnitas de la vida, que es la muerte, ocupar nuestro lugar en el eterno oriente y rendir nuestro último homenaje al Gran Geómetra; cuando se acepta también que la indulgencia, la bondad y la tolerancia, nos acercan a Dios y también cuando se reconoce a quien llega a nuestras vidas, como parte de la unidad universal, confiándole a Dios mismo cuando se marchan de nosotros, aunque sea con un sencillo “Adiós”.

6

El águila es símbolo de la libertad; águila se escribe con seis letras. Contrario a lo que se piensa, el número seis representa la justicia y también simboliza la luz, el aire y el viento. Asociándolo a la letra *Waw* del alfabeto hebreo, es la imagen del más profundo e incomprensible misterio de la vida, aquél que nos permitirá reconocer cada nudo que une y cada punto que separa.

viii. El sol de barro

(LA ELECCIÓN)

En la vida, en muchos momentos y lugares, encontrarán soles de barro pretendiendo asemejar al Sol y esperando ansiosamente ser adquiridos por alguien. Algunos de estos soles son grandes y otros pequeños; algunos pintados de alegres colores y otros en tono natural. No pocos parecerán resistentes pero otros de sólo verlos nos dirán que hay que tenerles cuidado pues son frágiles; algunos tendrán decoraciones con motivos extraños y otros serán sencillos. Es posible que encuentren algunos con grandes ojos y bellas narices, con miradas fijas y otros pareciendo estar soplando disimuladamente a las nubes. Casi todos tendrán lo necesario para colgarse como adornos, pero si no fuera así podrán entonces recargarse en cualquier cosa. He visto incluso otros a los que por la boca les sale una enorme iguana pero en honor a la verdad hay aquellos también que lucen bellos dientes. Podrán observar solecitos que aparecen con pequeños brazos tocando una guitarra o sosteniendo incansablemente un objeto entre las manos; otros más, sólo se muestran cariñosamente entrelazados con un trozo de luna intentando demostrar dulzura. Todos pretenden aparecer como algo que no son, pues son sólo de barro frío y remedos del aquel que exige levantar la mirada para verlo. El símbolo del sol de barro es él mismo, siempre recuérdalo ñaki.

Como padre, mi más grande anhelo es que ustedes en sus vidas siempre elijan sabiamente... arropados por el Sol.

Hijos, el regalo está casi entregado, así que les digo adiós, que es lo mismo que a Dios... los confío.

La envoltura

(PACIENCIA, TOLERANCIA Y FORTALEZA)

Alguna vez en un lugar al que por caprichos de la vida llegué a trabajar, fui testigo de un hecho extraño que quiero compartirles, casi a partir de mi llegada observé que muchas de las personas que ahí trabajaban, a pesar de tener características personales y profesionales muy propias, coincidían en una afición particular, que consistía en entrar a mi oficina y aprovechar breves reuniones de trabajo, como escaparate para desplegar entre ellos mismos un gran repertorio de gracias y habilidades, entre las que se encontraba la burla, la indiferencia y la agresión gratuita. De esos encuentros y sus resultados prefiero no abundar.

Esas raras confrontaciones desde un inicio causaron en mí sólo extrañeza, este lugar sin duda era singular. Tiempo después y con una enorme cantidad de trabajo encima, la situación comenzó a incomodarme; a pesar de mis intentos improvisados por mejorar ese ambiente, nada funcionó. Ante esto me propuse encontrar su verdadera causa explorando veladamente con cada uno los posibles orígenes de esas conductas, sin embargo tampoco bastó, todos afirmaban incluso con extrañeza, no tener problemas con nadie. Más de una vez sentí hundirme en ese mar agitado.

Una noche pensé haber encontrado la respuesta correcta: “son personas que siguen una sombra y además no les gusta cruzarse con nadie en el camino”. Creo que me equivoqué, mas no tardé en encontrar otra posible causa. La oficina que ocupaba desde mi llegada tenía dos enormes ventanas por las que entraba una cantidad inmensa de luz todo el día, ¡esa era la razón!, ellos necesitaban de un lugar iluminado para librar sus inútiles combates, para mostrar a plena luz su rebeldía.

Al recordar la alegoría de aquella sombra que lleva su nombre escrito, consideré posible que esas dos grandes fuentes de luz también tuvieran burilado el suyo, por tanto me propuse encontrarlo. Todas las mañanas al llegar cerraba la puerta y buscaba dónde pudieran estar grabados los nombres; busqué cuidadosamente en cada rincón y nunca encontré nada, sin embargo casi derrotado algo que no sé explicar qué es, me hizo intuir cómo pudiera llamarse cada una de las enormes ventanas: una debía llamarse paciencia y la otra tolerancia. Una debía ser el símbolo de esa capacidad que pocos tienen para soportar algo sin alterarse y la otra, símbolo de la actitud pacífica que se debe tener frente a cualquier diferencia con otros. Ambas debían estar unidas desde luego por una columna llamada fortaleza. Esas enormes fuentes de luz eran seguramente las que aún en los momentos más difíciles, permitían que todo se lograra,

incluso en medio de tolveneras, yo siempre lograba brillar.

Tiempo después, y ya sólo por curiosidad, seguí buscando aquellos nombres que suponía estaban grabados en las ventanas, busque y busque pero sin éxito. El paso del tiempo me permitió atestiguar también que esas luchas entre las personas que me rodeaban, igual disminuían que arreciaban y aunque nunca lo expresé, logré ver a más de uno de los combatientes cómicamente exhausto.

Casi a punto de marcharme, descubrí algo más, me percaté de un detalle incómodo que había pasado para mí inadvertido, pues antes de iniciar los combates entre ellos o tal vez contra ellos mismos, observaban fijamente mi cara, parecían leer algo, como si tuviera la cara pintada o más bien, como si yo llevara tatuadas algunas palabras en la frente. Honestamente, este hecho me causó más risa que enojo.

Sin duda, mis deseos de mejorar ese ambiente desaparecieron, pero pensándolo bien ese hecho tampoco me importó, siempre he pensado que si así fuera, lo que tengo en la frente es una bendición de Dios, algo que orgullosamente me distingue y también me obliga; una bendición con la que me marcharé feliz de aquí algún día, siguiendo mi camino rumbo al eterno oriente, aquel lugar...en el que siempre nace el Sol.

Esta historia es el moño del regalo que les doy.

Hijo mío:

Si quieres amarme bien puedes hacerlo, tu cariño es oro que nunca desdeño.
Mas quiero que sepas que nada me debes pues soy ahora el padre y tengo los deberes.
Nunca en la alegría de verte contento he trazado signos de tanto por ciento.
Mas ahora mi niño, quisiera avisarte, que mi agente viajero llegará a cobrarte.
Presentará un cheque de cien mil afanes, será un hijo tuyo, gota de tu sangre.
Y entonces mi niño como un hombre honrado, en tu propio hijo deberás pagarme.

Rudyard Kipling

M M